

1

Nat

— *D*isculpe, señor. ¿Esto es Plumfield? —le preguntó un niño harapiento al hombre que abrió la gran verja frente a la cual lo había dejado el ómnibus.

—Sí. ¿Quién te envía?

—El señor Laurence. Traigo una carta para la señora.

—Muy bien. Ve a la casa y dásela; ella se ocupará de ti, jovencito.

El hombre hablaba afectuosamente, así que el niño entró, reconfortado por aquellas palabras amables. A través de la fina lluvia primaveral que mojaba la hierba y los brotes que ya empezaban a salir en los árboles, Nat vio ante él una gran casa cuadrada, con un porche anticuado, amplios escalones y luces que brillaban en muchas de las ventanas. No había cortinas ni persianas que ocultaran el alegre resplandor. El muchacho se concedió un instante antes de llamar: vio una gran cantidad de sombras minúsculas que parecían bailar en las paredes,

oyó el agradable murmullo de las voces infantiles y tuvo la sensación de que era imposible que, en aquella casa tan cálida, tan llena de luz y comodidades, hubiese espacio para un «jovencito» sin hogar como él.

«Espero que sea cierto que la señora se ocupará de mí», pensó mientras levantaba la enorme aldaba de bronce en forma de cabeza de grifo y llamaba tímidamente a la puerta.

Le abrió una joven sirvienta de mejillas coloradas, que sonrió al coger la carta que Nat le entregó en silencio. Parecía acostumbrada a recibir a niños desconocidos, pues le señaló un asiento en el vestíbulo y asintió.

—Siéntate ahí y sacúdete el agua de los zapatos en el felpudo mientras. Yo iré a llevarle la carta a la señora —le dijo.

Nat no se aburrió mientras esperaba, pues había muchas cosas con las que entretenerse. Echó un vistazo a su alrededor con curiosidad: lo que vio le gustó, aunque se alegró de poder observar sin ser visto desde el oscuro rincón en el que se hallaba, junto a la puerta.

La casa parecía estar llena de niños que, resignados a la lluvia, se entregaban a toda clase de diversiones. Los había por todas partes: «Arriba y abajo, y en la habitación de la señora», como decía una antigua canción, pues a través de varias puertas abiertas se veían grupitos de niños de todas las edades —pequeños, grandes y medianos— en distintos estados de relajación vespertina, por no decir efervescencia. A la derecha había dos salas grandes que obviamente se usaban

como aulas, pues disponían de pupitres, mapas y pizarras, además de libros esparcidos por todas partes. En la chimenea ardía un alegre fuego, frente al cual holgazaneaban, tumbados de espaldas, varios muchachos indolentes. Estaban hablando de un nuevo campo de críquet, tan entusiasmados que pataleaban con las piernas en alto. En un rincón, un muchacho alto tocaba la flauta, al parecer ajeno al alboroto que lo rodeaba. Otros dos o tres niños jugaban a saltar de un pupitre a otro. Se detenían de vez en cuando para recuperar el aliento y reírse de las graciosas caricaturas de los habitantes de la casa que un pequeño bromista estaba dibujando en la pizarra.

La habitación de la derecha estaba ocupada por una larga mesa de comedor, repleta de grandes jarras de leche fresca, montañas de pan blanco y pan moreno, y pilas perfectas de esas galletas de jengibre que suelen hacer las delicias de los más pequeños. El aire olía a tostadas, pero se apreciaba también un ligero toque a manzanas asadas, lo cual resultaba muy tentador para la naricilla de Nat, y más aún para su estómago vacío.

El vestíbulo, sin embargo, era el lugar más interesante: en el pasillo superior varios niños jugaban al pillapilla. En uno de los descansillos se disputaba una partida de canicas y, en otro, una de damas; las escaleras estaban ocupadas por un niño que leía, una niña que le cantaba una canción de cuna a su muñeca, dos perritos, un gatito y una procesión constante de niños pequeños que se deslizaban por las barandillas, con el consi-

guiente peligro tanto para la ropa que llevaban como para sus cuerpos.

Tan absorto estaba Nat en aquella animada carrera que, sin darse cuenta, se fue alejando más y más de su rincón; y cuando uno de los temerarios muchachos bajó tan rápido que no pudo frenar a tiempo, sino que salió disparado de la barandilla y aterrizó en el suelo con un coscorrón capaz de partir cualquier cabeza —excepto una dura como una piedra tras once años de porrazos constantes—, Nat olvidó dónde estaba y corrió hacia el accidentado jinete, convencido de encontrarlo medio muerto. El niño, sin embargo, se limitó a parpadear varias veces durante un momento, la mar de tranquilo, tras lo cual contempló sorprendido el nuevo rostro.

—¡Hola! —exclamó.

—¡Hola! —lo imitó Nat que, como no sabía qué más decir, consideró que aquella respuesta era lo bastante breve y fácil.

—¿Eres nuevo? —preguntó el accidentado, sin moverse.

—Aún no lo sé.

—¿Cómo te llamas?

—Nat Blake.

—Yo me llamo Tommy Bangs. Sube y tírate tú también —le propuso, al tiempo que se ponía en pie como si de repente hubiera recordado las normas básicas de hospitalidad.

—Creo que no es buena idea, hasta que sepa si me quedo o no —respondió Nat, cuyo deseo de quedarse aumentaba a cada momento que pasaba.

—Oye, Demi, ha llegado uno nuevo. Ven a ocuparte de él.

Y, tras esas palabras, el audaz Tommy se entregó a su deporte favorito con energías renovadas.

Al oír que lo llamaban, el niño que estaba leyendo en la escalera levantó la cabeza, miró a Nat con sus ojazos marrones y, tras una leve vacilación, como si de repente le hubiera entrado un ataque de timidez, se puso el libro bajo el brazo y se acercó muy serio a conocer al recién llegado. Nat, por su parte, consideró que había algo muy agradable en los rasgos de aquel niño delgado de mirada dulce.

—¿Has visto ya a la tía Jo? —preguntó, como si se tratara de una ceremonia importante.

—Aún no he visto a nadie, solo a un montón de niños. Estoy esperando —respondió Nat.

—¿Te envía el tío Laurie? —prosiguió Demi, educadamente, pero en tono muy serio.

—Me envía el señor Laurence.

—Sí, es el tío Laurie; y siempre envía a niños simpáticos.

Nat agradeció el comentario y sonrió, gesto que dulcificó aún más sus delicados rasgos. Como ninguno de los dos sabía qué más decir, se quedaron mirándose el uno al otro en un agradable silencio, hasta que la niña de la escalera se les acercó con su muñeca en los brazos. Se parecía mucho a Demi, aunque no era tan alta y tenía las mejillas más regordetas y los ojos azules, en vez de marrones.

—Esta es mi hermana Daisy —anunció Demi, como si le

estuviera presentando a una criatura preciosa y extraordinaria.

Nat y Daisy se saludaron con un gesto de asentimiento. A la niña se le marcaron unos adorables hoyuelos en la cara cuando dijo:

—Ojalá te quedes, porque aquí nos lo pasamos muy bien. ¿A que sí, Demi?

—Claro que sí. Para eso tiene Plumfield la tía Jo.

—Parece un sitio muy agradable —afirmó Nat, que tenía la sensación de que debía corresponder de algún modo a la amabilidad de aquellos niños tan simpáticos.

—Es el mejor sitio del mundo. ¿A que sí, Demi? —dijo Daisy, quien al parecer consideraba a su hermano una autoridad en muchos temas.

—No, yo creo que Groenlandia es más interesante, porque allí hay icebergs y focas. Pero Plumfield también me gusta, es muy agradable estar aquí —respondió Demi, que últimamente estaba fascinado por un libro sobre Groenlandia.

Estaba a punto de preguntarle a Nat si quería ver las ilustraciones cuando volvió la sirvienta.

—Bueno, puedes entrar —dijo, señalando con la cabeza la puerta del salón.

—Me alegro. Ven, vamos a ver a la tía Jo —propuso Daisy, y cogió a Nat de la mano con una actitud tan protectora que el niño se sintió bienvenido de inmediato.

Demi se concentró de nuevo en su querido libro, mientras

su hermana acompañaba al recién llegado a una habitación del fondo, donde un corpulento caballero jugaba con dos pequeños en un sofá mientras una esbelta dama estaba terminando de leer, al parecer por segunda vez, la carta de Nat.

—¡Aquí lo tienes, tía Jo! —exclamó Daisy.

—Bueno, ¿así que este es mi chico nuevo? Me alegro de verte, tesoro, y espero que seas muy feliz aquí —dijo la mujer, al tiempo que lo abrazaba y le apartaba el pelo de la cara con un gesto amable y una mirada maternal que se ganaron al instante el corazoncito solitario de Nat.